

La calle
Diario de un espectador
El latido de mi corazón
por miguel ángel granados chapa

para el jueves 26 de abril de 2007

Tom, a quien en la cinta de Jacques Audiard vemos convertido en un muchacho cercano a los treinta años de edad, debe haber vivido una infancia tensa entre dos modos extremos de sentir y vivir representados por su madre y su padre. Ella, quien no aparece en la cinta, pues murió cuando Tom era pequeño, era una pianista de concierto. Él, llamado Robert, es un patán (quizá sus rasgos se acentuaron con la edad), descuidado en el vestir y mayormente en la ética de los negocios. Se dedica a la compra y venta de bienes raíces, que practica mediante métodos nada ortodoxos. Tras la orfandad materna, es su estilo de vida el que prevalece y Tom, a pesar de que detesta a su padre, se le va pareciendo cada vez más.

Tom tiene un par de socios en su propia empresa inmobiliaria. Su negocio linda entre la actividad comercial lícita y el hampa. Su especialidad es hacer que edificios ocupados por invasores (paracaidistas, decimos en México) sean desalojados, para poder entonces comprarlos a precio bajo. Los medios de que se valen para vaciar los inmuebles son delincuenciales: meten ratas a los departamentos o abiertamente los destruyen, para obligar a los ocupantes a huir. Puesto que Tom realiza con su equipo parte de esa acción directa, su padre lo solicita de vez en cuando para que dé lecciones (es decir, intimide o golpee) a inquilinos morosos.

El día menos pensado el ayer vuelve a instalarse en la vida de Tom, notoriamente descontento consigo mismo y con sus socios, a uno de los cuales, Fabrice, sirve de tapadera, pues finge que cena con él las muchas veces que se escapa de la rutina familiar para vivir aventuras eróticas de las que después se ufana ante Tom. Ya se verá que un día le sale el tiro por la culata, pues una noche, mientras cena solo lo descubre la esposa de su amigo. Ella ha ido sola al cine, creyendo que Fabrice cena con Tom. Halla de ese modo casual la hebra de los engaños maritales y, azuzada por el propio Tom, cobra venganza con nadie menos que con Tom mismo.

En medio de desalojos violentos e identificación de predios y edificios que comprar y vender siempre con engaño que aumente las ganancias (juego doloso que practican entre sí los socios) Tom se topa un día, por casualidad, con el señor Fox, representante que fue de su madre pianista, y que llegó a conocer las dotes de intérprete que mostraba ya el chiquillo antes de caer e la orfandad. Le propone probar si le es posible recuperar su sensibilidad y sus destrezas, y Tom acepta. Añade a su agitada vida un ingrediente más. Conoce a una concertista china, Mao Lin, recién llegada de su país a Francia, que necesita dar clases de piano. Monolingues ambos, en distintos idiomas, la joven dominará las ansias violentas de su apuesto discípulo y lo someterá a la disciplina que la música de concierto requiere de sus interpretes. Y, como veremos al final, lo someterá también de otro modo.

Mientras tanto, el padre de Tom se mete en problemas con un mafioso ruso, que le adeuda 300 mil euros, y que terminará asesinandolo. Solicitado por Robert para intervenir en busca de su dinero, Tom se aproxima al bandolero y comprueba, y así lo dice a su padre, que el sujeto es inexpugnable y que más vale dar por perdido el dinero. Probablemente Robert desatendió el consejo de su hijo y acaso pretendió presionar al ruso, que lo mató luego de destroz su departamento. Tom guardará el agravio hasta que un día el azar lo pone cerca del mafioso asesino, al que ataca para vengar la muerte de su padre. Escenas violentas como la que protagonizan ambos, su feroz combate, contrastan deliberadamente con la dulzura de la música de Bach y Haydn que está en el fondo de su evocación materna y en la cambiante relación que guarda con su maestra china.